

Cuando la razón delira y la pasión gobierna



**Manuel Formoso
Herrera**

Juan Jacobo Rousseau, (1712 - 1778), escribe al inicio del capítulo I, del libro III de su famoso Contrato Social lo siguiente: "Advierto al lector que este capítulo debe de leerse con mucho detenimiento, y que yo no conozco el arte de ser claro para quien no quiere prestar atención". En esto como en muchas cosas más, confieso con gusto que me siento discípulo y deudor del Ciudadano Ginebrino, haciendo más sus palabras. No conozco el arte de ser claro para quien no quiere prestar atención y menos para quienes se empeñan en ver en mis escritos lo que nunca he dicho y lo que jamás he pensado.

Doña María Eugenia Dengo de Vargas y don Claudio Gutiérrez han salido a la prensa a defender a la Universidad de Costa Rica de una supuesta conjura de "aristócratas" que quieren privar a nuestro pueblo de la oportunidad de educarse. Confunden, inexplicablemente, "la aristocratización de la enseñanza" con la oposición y la duda, bien fundadas y razonables, acerca de la efectividad de los centros regionales. Dan ganas de decirles: señores por favor, seamos sensatos y discutamos en serio los problemas de la Universidad —que son muchos por cierto— y no caigamos en el error de plantear una polémica sobre un tema falso, como es el de aristócratas versus demócratas. Una polémica de este tipo bien pronto llevaría a decir cosas sin sentido, como las alusiones que hace el Dr. Gutiérrez a La Sorbona, y bien pronto estaríamos en la situación que tan efectivamente describe Rousseau cuando nos habla de los peligros e inconveniencias que se producen en el diálogo de los hombres "cuando la razón delira y la pasión gobierna".

Don Claudio menciona a La Sorbona e interpreta los recientes conflictos estudiantiles como un ejemplo del fracaso de la torre de marfil y parece identificar la tesis que llama "aristócrata" con la Academia de París. Si yo tuviera interés en una polémica de este tipo le diría que muchas gracias por identificarme con tan espléndida aliada y hasta podría asegurar que La Sorbona no se va a defender de sus ataques y que basta con conocer un poco los hechos, para saber que en Francia los estudiantes universitarios, sobre todo los de escasos recursos, tienen una situación privilegiada, ya que el

Estado los ayuda con comedores a precio de costo, residencias, becas, descuentos en los libros y, en algunos casos, como en los de la Escuela Normal Superior, se les paga a los de más talento por estudiar. Y podría agregar un argumento final que sin duda alteraría más la polémica, diciéndole que en este caso, don Claudio está actuando igual que aquel comerciante de Chicago —según informaron las agencias noticiosas hace unos días— que puso un letrero en la ventana de su restaurante diciendo: "aquí no se consumen vinos franceses", como si el rechazo de un americano en algo modificara la insuperable calidad de un buen borgoña.

Pero no, señores, yo deseaba llevar la polémica a otro terreno, más útil y conveniente para la Universidad y sacarla de éste que sólo sirve para exhibir las habilidades dialécticas de sus profesores. No creo que valga la pena insistir más en eso de aristocracia y democracia porque juzgo que es algo muy simple que puede ser enunciado de la siguiente manera: la Universidad, aquí en San Pedro de Montes de Oca, como en París de Francia, participan de las dos calidades. Es a la vez aristocrática y democrática, y no se incurre en incongruencia al decirlo porque son dos calidades que operan en niveles distintos. Es democrática la universidad si así lo quiere la comunidad en que vive. Por fortuna la comunidad costarricense lo es y la manera de realizarlo es actuando en forma tal que nadie se quede fuera y de ella por razones económicas, sociales, geográficas, o de carácter material. Es aristocrática la universidad, en razón de que la educación superior es una educación selectiva, que requiere condiciones intelectuales especiales y que requiere, sobre todo, amor y devoción por la cultura y por el estudio. Hay que amar el saber para poder estar dentro de la universidad, y esto vale tanto para profesores como para alumnos. Estas son las calidades de la universidad. Decirlo no es nada nuevo ni mucho menos escandaloso. Sólo en oídos sordos por el fragor que su propia demagogia produce, estas simples nociones pueden ser mal entendidas.

Dejando esto claramente establecido, podemos pasar a un terreno más fecundo. Podemos entrar a discutir cuáles son los medios más adecuados para lograr la democratización y la aristocratización de la enseñanza superior en Costa Rica. Por ejemplo, algunos tenemos la duda de que la creación de los centros regionales sea el camino más adecuado para lograr el ideal de que todos los jóve-

nes con capacidad estén en la Universidad. Nuestra enseñanza superior es democrática. No están llenas las aulas de las instalaciones de San Pedro, con los hijos de las familias más acaudaladas. Por el contrario nuestra población estudiantil es, como lo es el pueblo de Costa Rica, una población compuesta en su gran mayoría de elementos de la clase media y trabajadora. Y cosa igual, por fortuna, se puede decir del cuerpo de profesores. Sin embargo, hay serios problemas por resolver. Datos estadísticos muestran que de esa población el 74.0% es de la provincia de San José. Es necesario llegar al resto del país con mayor efectividad. ¿Cuál es el medio más adecuado, tomando en cuenta nuestros escasos recursos humanos y materiales?

Algunos han pensado que el mejor medio de lograrlo, es creando nueve centros regionales, repartiendo así la cultura por todo el país. Otros podemos pensar que, aunque por un camino menos espectacular y popular, esto se puede obtener por medio de adecuados servicios de transporte, residencias estudiantiles, comedores subvencionados, becas para los estudiantes de provincias. Sobre todo, esta solución tiene la ventaja de que preserva la unidad del claustro, unidad que permite mantener la calidad nada fácil de conseguir de una buena universidad.

Nuestra enseñanza superior tiene que ser selectiva. En esto y no en otra cosa descansa su calidad aristocrática. En estos momentos hay graves dudas acerca de los medios que estamos empleando para lograr la selección. Todos los años desertan de la Universidad centenares de estudiantes que no dieron la talla. Esto cuesta mucho dinero y son recursos y espacio sustraídos a quienes no han podido ingresar y si tienen las condiciones requeridas para ser universitarios de verdad. Debemos examinar la política de admisión a la Universidad y ver si un examen de ingreso de tipo académico puede dar mejores resultados.

El problema es muy complejo. Hay que verlo delirar y frenando la pasión. El problema se hace aún más serio, para quienes como yo, creemos que la educación superior debe de estar en manos del Estado. Esto nos hace poseedores a los universitarios que integramos el claustro en este momento, de un serio privilegio. Sólo lo podemos defender y justificar y sólo podemos cumplir con el pueblo costarricense, de una manera; haciendo que cada día la Universidad de Costa Rica sea más efectiva en su misión esencial de proveer a la educación superior del país.